

Carmelo Guillén Acosta
Antología poética



Para la XXV edición de las

**Jornadas
humanísticas**

(2016)

CARMELO GUILLÉN ACOSTA

Antología poética

**XXV Jornadas Humanísticas
2016**

COMO UN NIÑO

A veces, cuando salgo a la calle y tengo prisa
En llegar no sé adónde y como un niño
Saludo a las estrellas y como un hombre
Olvido las estrellas y me pongo muy serio
Porque al paso que voy me cogerá la muerte
Como un niño; a veces, es mejor dejarse ir,
No preguntar ni plantear la duda,
Quedarse ensimismado como un niño,
Con los ojos muy fijos hurgando el horizonte
Y olvidarse de todo al cruzar una esquina.
Total, la vida es eso: el horizonte
Con corazón de niño y con alma de niño
como un vuelo de pájaros que frenara las manos,
Como un cuerpo encendido al hallar otro cuerpo
Que despertara el gozo de nunca acostumbrarse
A soñar, a ver la vida desde lejos,
Casi rozando el cielo, con los pies en la tierra
Y el mundo entre las manos como una reliquia,
Casi estrechando a Dios, para vivirlo luego
Como un regalo más que trajera la infancia.
Es preciso creer que hay algo cierto
Al sentirse tan cerca de la vida
Y es preciso portarse como un niño
Cuando no queda opción en el recuerdo,
Cuando te hablan de usted y te sorprendes
De lo absurdo que es hacerse hombre,
E intentas avanzar desolado hacia el regreso
Como un niño que se va desvaneciendo
Visiblemente oculto.

SIN APEGARSE A NADA

UNO tiene deseos de agradecer la vida,
De bilocarse a veces y estar; mejor: quedarse.
Ser en todas las cosas. Encabalgando los versos
Humanos y divinos sin apegarse a nada
Y después no quedar más de ti que otra manera
De ser hombre a través del destino ineluctable.

Uno tiene deseos de saber qué está haciendo
La persona que ignoras y escribe versos y ama
Y no ha entrado en tu casa ni ha leído a los clásicos
Y podrá estar segura que la tengo presente
Como un niño olvidado que busco en la inocencia.
Como si se tratara de mí, de José Mari,
De Pedro o de algún otro amigo sin fronteras.
Como si desde antes que existiera la muerte
Fuésemos presentados por los mismos encuentros.

Uno tiene deseos de ser vaca, sombrero,
Cuestionario de dudas y guía de teléfonos.
Llegar a cualquier sitio y estar autorizado
Para todos los públicos y que alguien te cuente,
Comprendas, estés dispuesto a lo que haga falta
A pesar de los pesares, a pesar de que hay días
En que no hay motivos, ni risas, ni palabras,
Ni fe para aceptar las cosas que suceden.

Uno tiene deseos de querer más que nadie
Y leer el periódico y sentirse periódica
Mente en forma para sobrellevarnos.
Y decorar paisajes y vivir, aunque cueste,
Aunque la vida sea el vino destilado,
Aunque la vida sea, sin más, una respuesta,
Aunque la vida sea una promesa siempre,
Aunque la vida sea la causa de las causas
Y en la vida seamos sólo agradecimiento
O agradecí y miento. Mas uno tiene deseos
De salir a la calle y entrar en los suburbios
Y en todas las iglesias y en todos los lugares
Y asistir a los bautizos y a todos los entierros
Y a las 7 citarme con los ventiladores,
Y a las 7 citarme con las cosas pasadas,
Y a las 7 citarme con los puestos de trabajo,
Y a las 7 citarme con los asesinatos,
Y a las 7 citarme con las buenas venturas,
Y a las 7 citarme con el resto de las horas,
Y a las 7 citarme con los trenes, los tiranos,
Los que se sienten solos, los que creen en Dios...
Ser en todas las cosas sin apegarme a nada
E irme agradeciendo, siempre agradeciendo,
Como si de por sí la vida fuera grata,
Como si de por sí uno tuviera deseos
De agradecer la vida, de bilocarse a veces,
De ser en todas las cosas sin apegarse a nada.

NONAINO

I

DE ti lo que me mueve es el nonaino,
no tú ni bien tu nombre si tuvieras,
no éste, ése, aquel detalle tuyo;
me baste con tener de ti una idea.

Porque sólo tú eres y el nonaino
te hace ser en mí de esta manera
tan propia de quien ama, sin que dejes
parte que dar ni parte descubierta.

Y es por ese nonaino en el que vivo,
por él, sólo por él, que si no fuera,
se me hiciera la noche cruelísima,
la noche, los sentidos y las fuerzas.

Tan es así mi amor, tan es, que voy
preso en este nonaino, sin que entienda
de él más que de ti, sin que me guíe
otro afán, ni otra luz, ni otra ciencia.

Que no pierdo ocasión a mi cuidado,
y a saga de una fuente, tras su huella,
mi corazón se va con su nonaino
a donde tu figura y tu presencia.

II

Yo, que vivo de ti, nonaino, y voy de paso
sin unas pobres alas que llevarme a los hombros.
Que hice del amor un oficio de entrega
y sé bien en qué cosas no doy más de mí.
Yo, que crecí a la sombra de tus modos de ser
y vivo rodeado de gente que me escucha.
Que todo lo que soy: este sentirme a gusto,
el saber para qué sirven las ocasiones,
no sé, lo que yo soy, ¡todo!, lo debo a ti.
Yo, que disfruto siendo el agua de tu sed
y que sigo peinándome de la misma manera,
ciegucito me viera si alguna vez faltara
a tu querer, ¡por ésta, palabra, cieguccito!

III

De mí sé más que nadie pero no estoy seguro,
por eso, algunas veces, cuando ya no me aguanto
ni las uñas me sirven para estarme sereno,
me voy, adiós, y punto, a donde sea, el caso
es éste: yo, Carmelo, que tan bien sé de otros
—ese "tan bien" se escribe separado—, yo mismo,
no es otra la razón, aunque ocurre con frecuencia
que no, nonaino ná, que no sé por qué cía
y, claro, estar así, sin saber, tantoymás
me hace echarme al verso, al poema y decir
cositas que ni sé, que no quiero, que no
hablar de mí a disgusto, a gusto, para qué,
si luego viene uno, o dos, o tres, o cuatro
a ver cómo nonaino. Que no, que yo no soy
esa oscura clavellina, de verdad, os lo juro.

MANO DE MÚSICA

NO sólo es esta luz la verdadera, la que trae a los ojos los colores. Por alto que sea el goce del que mira, también tiene sonidos este mundo e igual lucen e igual hacen posible que la vida sea toda expectación.

Y tú,
que has aprendido cómo suena, de qué parte está el aire y la retama, arrimas el oído y te recreas y nada más le pides a la vida, y sabes, ya es costumbre, y estás hecho al canto y a la música, no escapan, en ti tienen sentido porque vienes a oír amanecer, y cómo entonces, te olvidas de mirar, y estás atento al borbotar del agua entre las peñas, al son de las cascadas, al disfrute, a ese dulce viento que traspasa y es plena vocación del que lo escucha, y amas mucho más, amas sin tregua, estabas invitado a presentir que serías feliz, y, por de pronto, entiendes, eres tú, vas caminando y tienes la mañana por delante para ser más feliz que la chicharra, que el cierzo y el favonio, tú, dispuesto a darle un corazón, a darle un pulso al monte, a este cielo, a los alisos, naciendo que anda todo, disponible, en pie, como en concierto, a tu estatura, en gracia

de atraer cualquier oído, en éxtasis que vas, tan andariego, sin ver, más que intuyendo dónde pones el pie, el alma dónde, la esperanza, ahora que ya está rayando el día. Y eres, te descubres, hay motivos, los tienes y prosigues la subida, al son, al cimbrear del abedul, del chopo, del espliego, cada uno, lo mismo que el tomillo o el orégano, distintos pero acordes, cada uno, por ti, con un lenguaje, con un timbre, un ritmo de compases que conoces, y atiendes, y das fe, y que te ayudan a ir con otro paso, y has llegado, la cima, más no queda, en lontananza, olores, luces, ecos son lo mismo, y tú, sobrecogido, diminuto, sintiéndote muy dueño de tus actos, respiras, es el día, se presiente, y tiembles, cómo no; a lo divino, porque ya está resuelto el firmamento, prorrumpes en un cántico de vida.

COMO HASTA AHORA

MI vida se reduce nada más que a querer,
 así levanto el día y así se me hace corto.
 Mi vida, que es muy simple: *hoy comienzo de nuevo,*
qué tal y muchas gracias, se reduce a querer,
 nada más, y a paseo. Mi vida, que no es mía,
 tiene horas de charla de café con amigos,
 ratitos de emoción, gente que me preocupa,
 ocupa, que me mira a los ojos y que miro a
 los ojos por si fuera la vida sólo eso,
 una cuestión de amor. Mi vida, tan de uso
 común, puede decirse que pega bien con todo,
 soporta igual el frío que el cariño y es traje
 ligero, a la medida de cualquier corazón.
 Mi vida, por si acaso, pone el reloj en hora
 cada noche, no sea que me quede dormido
 y falte a darme íntegro, a que echen de menos
 mi horario de alegría, mi peinado, mis gafas,
 el tono de mi voz dulce. Mi vida, dedicada
 a sus labores propias, anda aprendiendo siempre
 este oficio de entrega y cuando tiene un hueco
 se encierra en soledad a escribir, a dar fe
 de que vale la pena vivir como hasta ahora.

RAZÓN DE LA AMISTAD

(C.S. Lewis)

A lo mejor es esto la amistad: mirar un río
 y ver que alguien lo mira como tú,
 no digo con los ojos,
 ni siquiera abriendo una ventana.
 Es más: ni con empeño.

Al lado tengo a alguien que contempla el mismo río azul
 que yo. Sé que lo mira azul
 no porque el cielo lo ilumine de azul
 ni porque yo aparte mi mirada de un río imaginario
 azul para fijarme en dónde pone él
 el corazón. Ni mucho menos
 lo sé por él. Lo mira y yo le veo
 reflejado en las aguas de un río, como yo
 me veo, y él a mí, y sabe
 que también es azul el río que miro.

A lo mejor es esto la amistad: verse a la vera
 de alguien que contempla el mismo río azul
 que tú y, sin pensarlo,
 le dices algo así
 como: —¡Qué!, ¿tú también? ¡Cómo me alegro!

DE AMIGOS ANDO BIEN

DE amigos ando bien y me gusta enseñarlos
 en álbumes de fotos y hacerlos coincidir
 y que se den sus números de teléfono, que tengan
 entre ellos un trato. De amigos ando bien
 y hacen lo que quieren de mí, sin consultármelo,
 que vienen a mi vida y me cogen el peine,
 y se peinan, y me ponen los versos perdidos
 de afecto, y se resbalan en este corazón
 que es su casa. De amigos ando bien, si no yo
 de qué iba a dármelas, de qué, si ellos suelen
 mostrarme a las visitas y hacerme coincidir
 con sus otros amigos, y andan ocupados en mí,
 en si me peino, en si estoy o no cómodo, si salgo
 en mangas de cariño o si llevo o no el cuello
 rozado de quererles. De amigos ando bien
 y me noto importante, tal vez algo más gordo
 de ser feliz, por eso me quedan las camisas
 estrechas y me sale un brillo en la mirada
 sólo porque de amigos ando bien, si no vedme
 sentado a dos asientos o intentando alcanzarles
 la luna, que me son leales y culpables
 de todo: de peinarme así, como más guapo,
 y perderme en mis versos e irme de teléfonos
 y fotos y visitas y dármelas de qué;
 no sé, culpables, ellos, mis amigos. ¡En serio!

APRENDIENDO A QUERER

APRENDIENDO a querer me iré un día de éstos,
 y no vendré, lo sé, de los álamos, madre
 ni habrá pájaros, huerto, pozo blanco ni árbol
 que me hagan volver, que me iré para siempre.
 Por altos pensamientos me iré, de vuelo arriba
 hasta donde me lleven estas alas de hombre.
 Todo será sencillo, ni un poema siquiera,
 ni una flor que arrojarme, ni nadie a despedirme,
 tan sólo los amigos notarán que les faltó.
 Y cuando esto suceda, ni yo mismo sabré
 que me he ido, estará mi vida como ahora,
 con esta sensación del que empieza otra vez
 e intenta no caer en los mismos errores.

[AMARTE SE ME HACE CONTIGO
AL FIN DEL MUNDO]

AMARTE se me hace contigo al fin del mundo,
sentirme más en forma, consumir cocacolas
pensar que los anuncios sólo hablan de ti:
de tu pelo suave lavado con cariño,
de tu cutis sedoso al tacto, sin problemas
de manchas de otros besos; de tu aliento tan fresco;
del ritmo, de la fuerza con que te me revelas.
Por eso compro bonos de amor en las rebajas
y visto de esta forma pensando que te gusto,
así, edificando una casa encantada,
buscando en los relojes tu fiel exactitud,
prefiriendo las calles repletas de carteles
que, más que distraerme, te traen hasta mí
tal vez con ese aroma atractivo, ligero,
tan fácil de los buenos momentos compartidos.

DAFNE Y APOLO

BIEN sé que si lo hice mis razones tenía:
de árbol era fácil que no me rechazara,
de árbol a pesar de lo absurdo del caso,
así que decidí renunciar a mí mismo
y me dejé llevar por su extraña ocurrencia.
Al principio, supongo que es lo natural,
me vi raro de árbol, no estaba acostumbrado
a mirar como un árbol, a sentir como un árbol,
a estar así de árbol las veinticuatro horas,
incluso no podía entender que se dieran
más árboles que yo con un problema igual.
Después, conforme fui, digamos, madurando
y asumí para siempre mi nueva condición,
me pareció normal verme con luengas ramas
y que mis pies se hubieran transformado en raíces,
es más: asimilé que también otra gente
pudiera convertirse en árbol como yo.
Ahora, cuando pienso en mi estado actual
y en que soy de mi amor después de sufrir mucho,
siento que sólo pueda quererle como un árbol,
de pie, con este tronco de áspera corteza.
¡Ya me hubiera gustado ser el mismo de antes
y no tener que amarle con pasión vegetal!
pero, si es su capricho, lo asumo por completo
que, donde hay amor, no manda enamorado.

CONVICCIÓN

NO podría consentir que me viniera alguien
ahora —es un decir— a ocupar en mi casa
un sitio indisoluble, con lo a gusto que vivo,
si no sabe quién es Calderón de la Barca
e ignora qué le digo cuando digo *plausible*,
cuando estoy en un brete, o acabo en un plis-plas,
o cito aquella frase del Machado prosista
que habla de la rúa, ¿recuerdan?: *los eventos...*

Imagínensela sentada frente a mí
—*Querida, he preparado vichyissoise de primero.*
—*¿Cómo dices?* —responde. Y tener que explicarle
que se trata de sopa con puerros y cebolla,
patatas, mantequilla y nata, nata líquida;
y ella, tan alegre, de mí enamorada,
a mi lado, sintiéndose una mujer dichosa,
siempre tan ignorante de cuanto me rodea.

Nunca toleraría tener que presentarla
un día en sociedad: —*Aquí mi fiel esposa,*
que no se sabe el verbo amar en voz activa,
ni es capaz de ver en la palabra cielo
su raíz sus morfemas o si es o no llana.
¡Qué horror! Persona así no es nunca conveniente.
Sin un tema atractivo. Que besa como tantas,
así como sintiéndose incapaz de otra cosa.

Amadas como ésas no hacen bello el mundo
porque incluso los niños, al pasar, se dirían:
—*Obsérvala, ¿no ves que aborrece los libros?*
Pero ¡cómo es posible! Y yo, tímidamente,
como apuntó Cervantes, les diría: —*Sin duda,*
lo que dicen ustedes es cierto e, incontinentemente,
calaría el chapeo, miraría al soslayo,
y con ella me iría a llorar mi desgracia.

No podría consentir, con lo bien que me va,
que se infiltrara alguien en mi vida, en mis sábanas,
sin interés alguno por la morfosintaxis,
sin pasión por san Juan de la Cruz; que eludiera
la más mínima entrega al gusto de leer
y me inculcara el fruto de la infelicidad,
aquella sensación que, cuentan, tuvo alguien
cuando perdió en su vida el norte: las palabras.

BIOGRAFÍA

DE pronto, suponedme un árbol. No de esos
 en los que anidan pájaros o viven
 rodeados de muchas atenciones. Suponedme
 un árbol del que penden
 desechos de ternura,
 hojas secas,
 corazones echados a perder, versos
 que a nadie le sirven de compañía.

Hecho y derecho

un árbol
 por las sobras
 conocido
 a cuya sombra
 la gente se cobija. Un buen árbol
 inútil, sin más fruto
 que dar
 a ramas llenas
 ilusiones.

Humano,
 lo más a mano posible.

NADIE COMO EL QUE AMA

NADIE como el que ama entiende tanto el mundo
 ni a nadie como a él se le abren más puertas
 tan clara es su mirada como de estar atento
 pues lo que ven sus ojos es amor y él lo anuncia
 amor ése es su sino y por eso convence

nadie como el que ama gusta tanto en el mundo
 conforme se levanta se ducha y huele bien
 y al día se le ve marcharse alegre mente
 qué suerte quien lo encuentra pues lo tiene de amigo
 y así cualquiera puede aguantar lo que venga

y nadie como él sabe estar en el mundo
 que llega a su trabajo y dice buenos días
 se remanga los puños y atiende a sus colegas
 y como cualquier otro es igual de importante
 y se rasca la oreja y se retira al baño

nadie como el que ama puede tanto en el mundo
 le es fiel a su amor y si ama otras cosas
 si ama a quien lo encuentra es porque está seguro
 que el suyo es privilegio y se ve que no humilla
 se ve que tiene el don de estar siempre aprendiendo

nadie como el que ama mejora tanto el mundo
 ni nadie como él nos hace tanta falta
 tan fácil es querer a quien nos quiere bien
 que luego ya se sabe produce sus afectos
 y claro son de amor las obras que se siguen

y nadie como él es tan libre en el mundo
que vuelve al fin a casa tan libre cada día
tras cada día de amor de como el que no quiere
regresa y es su casa lugar apetecido

y todo porque tiene a diario a quien amar

CARNE DE SU CARNE

LOS amigos me piden que me refiera a ella
como consoladora, de la que fui engendrado;
claro que, si lo hago, debo hablar de mi infancia
y no crecer un ápice para que surta efecto.
Así pues, me pronuncio a favor de su vientre,
¡qué forma más materna de amar me prodigó!
después, tendré que darle un lugar a sus ojos,
¡nunca me miró nadie con aquella ternura!
para sus manos tengo un lugar especial,
¡con qué fidelidad me han seguido acogiendo!
Hablaré finalmente de cómo eran sus obras.
Imagínenselas: ella me conformó
a su imagen divina. Soy carne de su carne.

MAGIA

INSISTO: se halla uno sobrado de motivos
 para ver que la vida es así de enigmática.
 Y caigo en que es así porque llego a mi hogar
 y está el poto en sazón, y eso que no es fecha,
 y la dama de noche ilumina mi día,
 y observo que septiembre no es siempre el mes más triste.
 Lo que cuento, supongo que se puede aplicar
 a otras situaciones: al estado del alma,
 por ejemplo; a esos tragos que se pasan a veces
 y que dan la impresión de que acaban con uno.
 Más tarde o más temprano, el misterio fecunda
 de magia el universo. Se observa el mismo impulso
 en el paso del tiempo: la gracia desparrama
 sus raíces e irrumpe, cada vez que ella quiere,
 sin que nos demos cuenta, cuando y como ella quiere,
 y es así de insondable: llega uno a su casa
 y, a la buena de Dios, tras pasar el umbral,
 atisba al fondo luz —que es a lo que aspira—,
 y advierte que su vida se llena de sentido.

EL HIJO PRÓDIGO

MUCHO amor debe ser el que acoge en su pecho
 de madre que reclama, en trance tan humano,
 lo suyo, nada más, pues se le ve formando
 parte de ese paisaje, penetrable en la noche
 solo por quien lo asume a la luz de la gracia.

Nada es imposible, por eso puede vérsela
 abrazada a la cruz, como ayer, desde entonces,
 hendiendo el horizonte. Sus ojos sostenidos
 si no es por el amor, por qué —solo el amor
 alcanza el objetivo cuando alarga su sombra—.

Y es fácil descubrirla a ella desde lejos,
 clavada como el tiempo para la salvación,
 sin distraerse un punto; es más, puede apreciarse
 su rostro, en este caso de mujer expectante
 que posa su mirada en quien la fija en ella.

Y a la luz de este cuadro impreciso, me viene
 la imagen de otra madre, la mía, cómo aguarda
 desde aquella atalaya de la muerte, el instante
 en el que ya su hijo, tras colmarse del mundo,
 reconoce su culpa y regresa al hogar.

Y apenas se distingue su figura en la niebla,
 ella corre hacia él, lo baña con la sangre
 de Cristo, justifica todo lo que una vez
 fue motivo de escándalo, y, como cualquier madre,
 con tal de fecundarlo para la otra vida,
 libra ella la pena que sobre él recae.

FIDELIDAD

LO tuvo decidido desde el día
en que me vio, me amó y me hizo suya.

—Aquí tienes la llave, por si cambias
de idea respecto a mí— fue lo que dijo.

En vista de la vida que llevaba
entre cuatro paredes reclusa,
podía haber dejado la lectura
de la santa de Ávila y, sin más,
abrir la puerta e irme para siempre;
en cambio, como era ya costumbre,
me di a mi tarea cotidiana:
buscarme solo en sí, de tal manera
que nada prefería a su veneno,

*porque tú eres mi aposento,
eres mi casa y morada,
y así llamo en cualquier tiempo,
si hallo en tu pensamiento
estar la puerta cerrada.*

SPES NOSTRA

NADA como una madre para darle sentido
al crepitar del tiempo, que todo es esperanza
y aliento entre sus brazos.
Así quisiera hallarme cuando el hastío asome,
cuando el mal me atravesase con un punzón el cuerpo
o la soberbia exija sus reclamos de muerte.

Nada como una madre. Protegido en el sueño,
también en la vigilia de la vida diaria
o en la gruesa maroma de la debilidad,
ella sola, la única guarida en el peligro,
causa de que este mundo merezca ser amado,
consoladora igual que el perdón para el alma.

A su don, que es firmeza y prontitud de ánimo,
me acojo, sobre todo, porque, si pienso en ella,
nada como una madre.

*Spes nostra, auxiliame
para que también puedas realizar obras grandes
por mí, en mí primero, como si no tuvieras
otra ambición que hacerme la horma de tu amor.*

MEMORIA

Y es mi madre, mirándome, la que alienta mi casa
 con su respiración, la que alisa mi pelo
 y me hace un tupé; después me echa colonia,
 me distancia de sí para verme a su aire
 y, finalmente, da por sellada su entrega
 maternal con un beso que me mantiene vivo.

La escena es esta misma. De entonces hasta hoy,
 han transcurrido ya infinidad de historias,
 un dieciséis de julio, mi santo, y, nuevamente
 mi madre, que me mira; yo me acerco hasta ella,
 me peina y, en la frente, me levanta un mechón
 de pelo, es su costumbre, se distancia de mí
 para verme a su aire y besarme al final,
 como nunca ha dejado de hacerlo cada día.

Si refiero esta anécdota, capaz de desvelar
 un hecho de mi infancia, no es por ella misma,
 sino porque ahora puedo decir que como esta
 hay otras, muchas más anécdotas concretas
 que conforman mi vida y la hacen grandiosa,
 la explican, y es debido a que puedo amasar
 el tiempo en mi interior; de manera inmediata
 lo puedo dilatar, o sea, revivir
 las veces que desee, y traer sus momentos
 felices, los que creo que avivan el presente,
 este tiempo marcado por mi madre, peinándome,
 y que, cuando lo acojo, parece que no fluye.

Porque también el tiempo es una situación,
 lo que colma de savia, de renuevos, la vida.
 Para qué quiero otro, lineal, huidizo,
 si me basta con este, prendido en mi memoria
 como una emoción perdurable, muy íntima,
 que no tiene más límites que mis propios recuerdos.

Y es que nada me es más cierto que mi madre,
 asida a mi mirada, sin temporalidad,
 como imagen perenne, sin antes ni después,
 de una realidad envolvente, incesante,
 capaz de redimirme de cualquier infortunio
 y de traerme aquí, a este presente eterno.

BIOGRAFÍA ESPIRITUAL

Y cuando me es posible, procuro situarme
 en último lugar, donde nadie se fija
 en mí, ajeno a ser el blanco de atenciones,
 el que deja su lacre tras hacer algo digno,
 la huella que en la nieve delata al viajero;
 que no ansío ni éxitos, ni puestos destacados,
 tampoco ese poema supremo ni ese verso
 con el que uno logra la fama terrenal.

Lo mío es más la horma de lo nimio en mi vida,
 el arobo, si acaso, como el que se detiene
 a admirar la belleza de la gloria divina
 cuando, en vez de observar la bóveda celeste,
 se fija en la olvidada florecilla del campo,
 sin nombre ni otro hogar futuro que la muerte.

Descubridor de un mundo pequeño, soy consciente
 de que lo más hermoso lo palpo en lo ordinario,
 en la gente que cerco de cariño sin límites,
 en el feliz cansancio que ambiciono al llegar
 a la noche, en el sueño, y así hasta que Dios quiera,
 sabiendo que no hay nada de especial en mis obras.

Y no es por ascetismo este amar la escondida
 senda de la que habla fray Luis en su oda,
 tal vez se deba solo a que es como alcanzo
 la dicha, de esta forma, pasando inadvertido,
 sin salir en las crónicas de mi barrio, ni viéndome
 rodeado de gente en el centro del día.

Que nada es para el hombre más amado que hallar
 su minúsculo sitio, donde encuentra su espacio,
 su ilusión y a sus gentes, a las que se dedica
 haciendo el bien que puede, sin prisas y sin poses,
 como si no tuviera otra cosa que hacer
 ni nada que le fuera de mayor complacencia.

EN FRÁGIL SOLEDAD
(sextina)

EN frágil soledad y en feliz calma,
entiendo mi vivir como el del árbol
que hunde sus raíces en la tierra
con un solo deseo, ser la savia
que invade el universo de armonía
y accede con su halo al mismo cielo.

En frágil soledad, me doy al cielo,
a la ilusión de verme siempre en calma,
trenzando en dulce vuelo la armonía
que aviva con fulgor el feraz árbol,
desde la alta copa en que la savia
desciende tronco abajo hasta la tierra.

En frágil soledad, vivo en la tierra
igual que si viviera ya en el cielo,
libando así mi alma de la savia
que el mundo facilita cuando, en calma,
se deja presentir dentro del árbol
en plenitud de ser y de armonía.

En frágil soledad, es la armonía
mi sello personal en esta tierra,
pues vivo para el mundo como el árbol,
que crece para adentro y en el cielo
encuentra ese sosiego y esa calma
precisos para hendir de luz la savia.

En frágil soledad, surge la savia
en ramas de fragor y de armonía,
y dejo mi alma al aire, y en la calma
que el mundo me procura aquí en la tierra,
y que, en mi afán de darme, alcanza al cielo,
imito en mi arrebató al fértil árbol.

En frágil soledad, soy ese árbol
que exuda en su vivir toda la savia,
toda la transparencia que abre al cielo,
y en nudos de ilusión y de armonía
me doy sin condiciones por la tierra,
con renovada entrega y viva calma.

Que si vivir en calma pido al árbol,
también pido a la tierra que su savia
me llene de armonía, como al cielo.

BENDICIÓN

QUIEN atiende a su madre asegura su alma
y el sosiego de ánimo después de que ella muere.

Es la satisfacción de haber hecho lo propio,
la enseña que uno alza de por vida en su alma.

Sin duda, Dios no deja a nadie de su mano,
y menos a un buen hijo, pues tiene quien lo ampare.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<i>Como un niño</i>	3
<i>Sin apearse a nada</i>	4
<i>Nonaino</i>	6
<i>Mano de música</i>	8
<i>Como hasta ahora</i>	10
<i>Razón de la amistad</i>	11
<i>De amigos ando bien</i>	12
<i>Aprendiendo a querer</i>	13
<i>[Amarte se me hace contigo al fin del mundo]</i>	14
<i>Dafne y Apolo</i>	15
<i>Convicción</i>	16
<i>Biografía</i>	18
<i>Nadie como el que ama</i>	19
<i>Carne de su carne</i>	21
<i>Magia</i>	22
<i>El hijo pródigo</i>	23
<i>Fidelidad</i>	24
<i>Spes Nostra</i>	25
<i>Memoria</i>	26
<i>Biografía espiritual</i>	28
<i>En frágil soledad (sextina)</i>	30
<i>Bendición</i>	32

Imagen de portada,
Pinturas de mujer, Kazimir Málevick

Carmelo Guillén Acosta (Sevilla, 1955) ha reunido su obra poética en el volumen *Aprendiendo a querer. Poesía (revisada) completa 1977- 2007* (2007). Después ha publicado *La vida es lo secreto* (2009). Entiende la poesía como un acto de amor.